CAPÍTULO II

Fué singular y admirable su predestinación.

Es la predestinación la presciencia y preparación de los beneficios de Dios, con los cuales certísimamente serán librados los que realmente lo son. Es cierta razón de orden para la salud eterna de algunos que existen en la mente divina (1).—Al pensar en la predestinación refiriéndola á nosotros mismos, siéntese nuestra alma penetrada de un profundo temor: ¿estaremos escritos en el Libro de los predestinados? Lo ignoramos. No sabe el hombre si es digno de amor ó de odio. A fin de calmar nuestros temores, es indispensable procurar con todo empeño hacer cierta nuestra

(1) Aug. de Dono persev. XIV.—P. I, Q. XXIII a. 2.ª

vocación y elección por medio de obras de santidad y de justicia; mas ahora no nos ocupamos en tal predestinación, sino en la de la santísima Virgen María nuestra Señora; y ésta se nos presenta como un abismo insondable de luz, de divinas gracias y misericordias, como una región bellísima donde Dios manifiesta los encantos de su amor y la magnificencia de su divina bondad; allí resplandece su gloria purísima y sin mancha; y allí se escuchan las armonías sublimes de la justicia y de la misericordia: todo es santo, amable y perfecto; y Dios ostenta con esplendor inusitado, la profundidad de su sabiduría y la virtud de su brazo y las efusiones de su inefable caridad.

El Apóstol dirigiéndose á los Romanos, les hablaba en estos términos: Pablo, siervo de Jesucristo, apóstol por vocación divina, escogido para predicar el evangelio de Dios, evangelio que había prometido anteriormente por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo Jesucristo que le nació según la carne, del linaje de David y que fué predestinado Hijo de Dios en virtud, según el espíritu de santificación por su resurrección de entre los muertos (1). Sobre estas palabras el Angel de las escuelas, dice lo siguiente: Así como estar el hombre unido á Dios por la gracia de adopción, cae bajo la pre-

(1) I, 1-4.

destinación; así también cae el estarle unido por la gracia de unión en la persona; y por esto se dice: Que fué predestinado Hijo de Dios; más para que esto no se refiera á la filiación adoptiva, añade el Apóstol: en virtud; esto quiere decir: es predestinado para que sea tal Hijo, para que tenga igual virtud, y la misma con Dios Padre..... Es manifiesto que lo que es por sí es la medida y la regla de los que se dicen por otro y por participación; por esto la predestinación de Jesucristo, predestinado para Hijo de Dios por naturaleza, es medida y regla de vida y así de nuestra predestinación; porque somos predestinados, para la filiación adoptiva que es cierta participación é imagen de la natural; y así como el hombre Cristo no fué predestinado por sus méritos precedentes, que fuese Hijo natural de Dios, sino sólo por la gracia; así también lo somos nosotros para hijos adoptivos de Dios.

Como la persona de Cristo subsiste en dos naturalezas, divina y humana, algo puede decirse de El según una ú otra; así como del hombre puede decirse según el cuerpo, que puede ser tocado y herido, y según el alma que puede entender y querer. Jesús dijo de sí mismo según su naturaleza divina: Yo y el Padre somos una misma cosa. Según su naturaleza humana se dice de El que fué crucificado y muerto; y de este modo también se dice que

fué predestinado. Es cierto que la persona de Cristo siempre fué y es Hijo de Dios; mas no siempre estuvo unida á la naturaleza humana: esto tuvo lugar por una gracia inefable..... La predestinación puede atribuirse á la persona de Cristo según que subsiste en la naturaleza humana; aunque no se le atribuya según que subsiste en la divina... De esta manera ni la gloria de la divinidad impidió ni destruyó la divinidad de la carne; ni esta divinidad rebajó la majestad de Dios (1).

Ocupémonos ahora en la predestinación de la santísima Virgen, y preguntemos: ¿para qué fué predestinada? Para verdadera Madre de Dios. Siendo esto así, como lo es en efecto, la predestinación de María se nos presenta desde luego como una maravilla superior de la divina gracia que trae consigo un cúmulo de privilegios y grandezas que jamás serán concedidos á ninguna otra criatura.

En esta predestinación excelentísima de la purísima Virgen María, brilla á una la ciencia de Dios, revelando la insondable profundidad de sus arcanos y la omnipotencia del Altísimo, que según la expresión de la misma santísima Virgen, hizo alarde del poder de su brazo, *fecit potentiam in brachio suo*, y por último la bondad de Dios derramando todos sus tesoros de benignidad y de dulzura.

---

(1) Lect. III.

A nadie allá en la eternidad contempló el Altísimo, como futura Madre de su Hijo, sino á María; y sólo Ella se presentó delante del Señor resplandeciente de una pureza casi infinita, vestida de la luz increada, su Hijo Jesucristo Nuestro Señor, atrayendo y cautivando todas las miradas del Eterno. En verdad que no es posible comprender las maravillas que encierra una predestinación tan perfecta y sublime, tan llena de misterios y grandezas; y al pensar en ella cual si pusiesemos los ojos en el disco del sol, quedamos deslumbrados.

Jesucristo fué predestinado en virtud: es Hijo propio de Dios, no adoptivo; María fué predestinada en gracia; y aunque no es Hija natural de Dios sino adoptiva, es la primogénita de la creación, y la hizo Dios su verdadera Madre, no adoptiva, sino natural y propia. Cuando engendramos la fe y amor de Jesucristo en el corazón de los hombres por medio de la predicación y con el auxilio de la gracia podemos ser llamados padres de Jesucristo. Quien hiciere la voluntad del Padre celestial es padre, y madre y hermano de Jesús; mas la Virgen purísima en su maternidad divina da su misma sangre al Hijo de Dios que se hace hombre en su bendito seno y es su verdadero Hijo. Todo esto es obra de la gracia y de la virtud de Dios: El Espíritu santo vendrá sobre Tí; en este sentido podemos decir de la predestinación de María

que fué en la gracia, y que la virtud de Dios tendría que realizar en Ella las maravillas de su omnipotencia.

La predestinación de la sagrada Virgen se nos había presentado hace un instante como un foco de purísima luz que alumbraba los cielos y la tierra con una claridad inextinguible; veámosla ahora á la sombra del poder divino: la virtud del Altísimo la oculta á las miradas de los hombres. ¿Quién puede comprender aquella operación sagrada y misteriosa, aquel descenso del que llena los cielos y la tierra, en virtud del cual el Hijo de Dios se hizo hombre? Sólo para Dios no hay sombras; porque El es la luz eterna y la verdad que todo lo ve como es en sí, y en su mente divina desde la misma eternidad contemplaba á María en su predestinación para Madre de su Hijo, con un encanto divino, é iluminándola y embelleciéndola con la luz de la verdad y con todos los encantos del amor divino.

Mas la sombra del Altísimo no sólo indica la obscuridad del gran misterio de que hablamos, sino también la protección que dispensa á la celestial criatura, á cuyo seno inmaculado y santo descendió el Hijo del Eterno. Dios contemplaba á la sagrada Virgen como al arca de la alianza, y esta arca estaba cubierta con una nube de gloria, y era el tabernáculo sagrado á que no podía acercarse el azote del enemigo.

¿Quién entre todas las criaturas había de glorificar á Dios nuestro Señor como María, ya que en ninguna otra se habrían de acumular tantos tesoros de celestiales gracias y prerrogativas como en Ella? ¿Hallaremos entre todos los séres que habían de venir á la existencia, alguno á quien Dios así protegiese con tan amorosa y delicada providencia? Llénase el alma de indecible júbilo al pensar en el incomparable amor de Dios á María. Bendito sea El que se dignó amarla sobre todas sus criaturas.

La predestinación de Jesucristo nuestro Señor es la regla y la medida de la nuestra. El Señor nos predestinó en su muy amado Hijo, Jesucristo nuestro Señor; y aquellos á quienes Dios previó, los predestinó para que fuesen conformes á la imagen de su Hijo. Tales expresiones inundan nuestras almas en gozo celestial y nos llenan de gratitud inmensa. Dícenos san Pablo que á cada uno de nosotros se le ha dado la gracia á medida de la donación de Jesucristo..... El mismo Jesucristo ha constituído á unos apóstoles, á otros profetas, á otros evangelistas, y á otros pastores y doctores, á fin de que trabajen en la perfección de los santos en las funciones de su ministerio, en la edificación del cuerpo de Jesucristo (1). Sabemos también que una es la claridad del sol,

(1) Ephes. IV, 7, 11, 12.

otra la de la luna, y otra la de las estrellas; porque una estrella se distingue de otra en la claridad. Preguntemos ahora: ¿cuál sería la medida de la donación de Jesucristo á su Madre santísima? ¿No le franquearía con espléndida largueza todos sus tesoros, y esto de una manera excelentísima? El mismo Señor nos habla de una medida buena, apretada y bien colmada hasta que se derrame, y ésta se dará á los misericordiosos (1); y no hay misericordia tan grande para el mundo como la que María le hizo dándole á su Hijo Primogénito; por esto nadie comprende cuál tendrá que ser la medida de esta Madre santísima en los dones de Dios. Así también ninguna inteligencia criada podrá contemplar sin deslumbrarse los vivos resplandores de ese sol de gloria que ilumina los cielos y la tierra, ni la suave claridad de Aquella que es llamada Luna serena y majestuosa, bellísima estrella que disipa las tinieblas del pecado y conduce á los mortales al puerto de la vida eterna.

La predestinación de la purísima Virgen se relacionaba con su ministerio en la edificación del cuerpo de Jesucristo; y tal ministerio fué singularísimo sin que en él tuviese parte ninguna criatura. Sólo María suministró la sangre preciosa de que fué formado el cuerpo del divino Salvador; por esto al contemplarla en la

(1) Luc. VI, 38.

002535

mente divina tenemos que exclamar: ¡Qué predestinación tan admirable y sublime fué la de María!

Tantas grandezas, sin embargo no fueron las más excelentes y preciosas con que Dios determinó embellecer á la dichosísima criatura que sería en el tiempo la Madre de su Verbo. Toda la gloria de la hija del rey es interior. Dios la contemplaba unida á su Hijo divino con un vínculo de amor indisoluble y sacratísimo; unida á Jesucristo tenía con El un mismo corazón, un mismo espíritu. Si el Hijo de Dios había de descender del seno del Padre en virtud de su caridad infinita hacia los hombres, la purísima Virgen le recibiría en su seno por su amor á Dios y á los hombres; y si el Padre no había de perdonar á su propio Hijo, María á su vez entregaría á la muerte á ese Hijo que también era suyo, fruto de sus entrañas virginales.

Esta unión entre el Hijo y la Madre es un misterio purísimo y santo de la predestinación de María. Dios decretó la encarnación de su Verbo y que María fuese su divina Madre; mas esto no por medio de dos decretos, sino de uno solo que comprendió al Hijo y á la Madre. ¡Admirable profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, cuán inescrutables sus caminos! ¿Quién ha conocido los designios del Señor, ó quién fué su consejero?..... Todas las

cosas son de El, y todas son por El, y todas existen en El: á El sea la gloria por siempre jamás. Amén (1).

Acordémonos ahora de estas palabras de los Libros santos: Como la miel daña á los que la comen en demasía, así el que escudriña la majestad de Dios será oprimido por el peso de su gloria (2). Nos avergonzamos de nosotros mismos por habernos ocupado en el misterio sacratísimo de la predestinación de María: ¿quienes somos para haberlo hecho, ó cuales son nuestras fuerzas? Dios perdone nuestro atrevimiento. Olvidamos nuestra miseria, y sólo tuvimos presente que éramos hijos de María; y al pensar en su gloria, quedamos embriagados de dulzura; rendidos á sus pies queríamos contemplarla unos instantes; su hermosura cautivó nuestras miradas, y en pos de sí, su amor dulcísimo llevó nuestros afectos; no éramos de nosotros mismos, sino de María. Ella, pues, nos disculpe delante del Señor y nos alcance la divina gracia.

---

(1) Rom. XI, 33-36.
(2) Prov. XXV, 27.